

mente las sendas de su padre, edificando á la Iglesia por su piedad, enriqueciéndola con sus obras, é ilustrándola con sus virtudes.

¿Y nos contentaremos por ventura con admirar la santidad de Benito? ¿Sus ejemplos no serán dignos de imitadores? Yo bien conozco que no á todos es dado caminar como él por la senda de la perfeccion; pero todos pueden y deben cumplir la ley de Dios y la justicia. ¿Quién nos impide imitar á Benito en la práctica de las virtudes cristianas, en el amor á Dios y al prójimo, en el perdón al enemigo, y en el cumplimiento de sus deberes? Yo no os digo que os retireis como él al desierto, que abandoneis vuestra pátria, vuestros parientes y amigos; una tal separacion no está en el órden de vuestras obligaciones esenciales; pero el Evangelio os manda expresamente, evitar las compañías de los mundanos, que han pervertido vuestra inocencia, y os han traído á un sentido réprobo.

Yo no os mando conformaros á la rigurosa abstinencia de Benito; mas debo intimaros de parte de Dios, que no violeis la ley del ayuno y que tengais presente, que la mayor parte de los motivos que alegais para la dispensa, son vanos pretextos para eludir el precepto. Yo no os digo, que os arrojeis desnudos sobre las espinas como Benito; pero sí que debeis mortificar vuestra carne para reducirla á servidumbre, para no caer en la tentacion. En fin, no olvideis, que el reino de Dios padece violencia, y que solo por violencia se alcanza. Es necesario pues la oracion, la mortificacion de las pasiones y sentidos, y elevar la mente á Dios para obtener sus auxilios, servirle en vida, y bendecirle en la bienaventuranza, que os deseo.

PANEGÍRICO DE SAN BENITO DE PALERMO.

*In vita sua fecit monstra, et in morte
mirabilia operatus est.*

Mientras vivió hizo prodigios, y despues
de su muerte obró muchas maravillas

(ECLÉS. c. 48. v. 15.)

Este es el magnífico elogio con que el Espíritu santificador honra la angusta memoria del incomparable Eliseo, digno sucesor del grande Elias, cuyas heladas cenizas animaron entre las lóbregas cavernas del sepulcro los más yertos cadáveres, y cuya extraordinaria santidad llenó de asombro los contornos de Judá; la dulce memoria del más esclarecido israelita, que dotado del doble espíritu de contemplacion y de celo, obró prodigios ignorados de las edades que le precedieron; en su presencia los vientos se enfrean y enmudecen, el mar calma sus hinchadas olas, la muerte abandona sus trofeos; de su boca sale un soplo vivificador, que penetra hasta las entrañas del abismo, y restituye á la vida los cuerpos soterrados entre las tinieblas del olvido: los reyes admirados le respetan, la púrpura y la majestad se rinden á su imperio, y los pueblos afligidos acuden á sus piés.

Por estos rasgos con que el Eclesiástico pinta al más famoso profeta que admiró el pueblo escogido, ya podeis venir en conocimiento del prodigioso de Palermo, objeto digno de vuestro culto, el Taumaturgo de estos últimos tiempos, ornamento glorioso de Sicilia, astro luminoso del cielo franciscano, la copia más original de su llagado patriarca, gloria de la nacion africana, luz prodigiosa del setentrion y mediodia, varon singular, alma grande de aquellas que, en los tiempos decretados por la eterna Sabiduría, extrae el Altísimo del tesoro de sus misericordias para hacer alarde á los ojos del

mundo de su poder, comunicó á un hombre mortal, animándole con los esfuerzos de su mano poderosa, para que tanto en el sepulcro como en la cuna, manifieste la majestad y omnipotencia del Ser supremo con señales y prodigios.

Consideremos á un mismo tiempo la asombrosa multitud de maravillas que obró en vida y muerte el bienaventurado de Palermo, y la prodigiosa santidad con que ilustró la Iglesia de Dios. Si la vida del glorioso Benito fué un agregado y un cúmulo de hechos extraordinarios, no lo fué ménos de acciones heroicas, que daban mayor esplendor á sus maravillas: si sus milagros asombraron desde Filadelfia las regiones del Aquilon y del Austro, por su multitud, por su variedad y por su singularidad, tambien llenó de admiracion la sublimidad de sus virtudes las soledades más yermas, y todos los lugares donde residió: si él obró los prodigios que engrandecieron á los mayores héroes de ambos Testamentos, poseyó igualmente la santidad en que florecieron los hombres más grandes que ha tenido la Religion en todas las edades; por esta razon no puedo daros idea más cabal de su carácter, que representándole como un prodigio de la gracia, tanto por el heroismo de sus virtudes, como por la magnificencia de sus milagros. Yo me explicaré con claridad, y vosotros entenderéis mi pensamiento. Voy á proponeros dos proposiciones que servirán de base y fundamento á mi panegírico, y darán toda la materia para componer su completo elogio. Escuchadme. La prodigiosa santidad de Benito ilustró y dió nuevo realce y autoridad á la multitud de sus milagros: ésta será la primera parte. Las maravillas y portentos que obró Benito en vida y muerte, contribuyeron al mayor aumento y perfeccion de su santidad, segundo punto: A. M.

Aquel Dios, cuya virtud poderosa transforma y engrandece á su arbitrio á la criatura más débil, elevándola sobre las potestades de la tierra, y haciéndola superior á los demás mortales, escogió por un efecto de su bondad entre la esclarecida estirpe del nuevo Abrahán, al bienaventurado de Palermo, le comunicó su espíritu, y le revistió de su fortaleza para que fuese el depositario de su poder, y brillase entre todos los héroes de la ley de gracia, como un varon prodigioso: éste es su carácter propio y personal, que le distingue de los demás santos que han resplandecido en la Iglesia de Dios y en el antiguo Testamento.

En efecto: si desde nuestros tiempos retrocedemos á los siglos más remotos, apenas encontraremos en tan inmenso espacio quien se le parezca á Benito de Palermo: hallaremos justos en quienes sustituyó

el Omnipotente la virtud de su brazo: pero estos héroes, aunque obraron como depositarios de la Omnipotencia, la virtud milagrosa que se admiraba en ellos, la recibieron con más economia en ciertos dias y en ciertos momentos; al paso que esta misma virtud la comunicó el Omnipotente al insigne de Palermo casi sin medida. Empieza, por decirlo así, desde su misma cuna, y le sigue en todos los pasos de su vida; desciende con él al sepulcro, y desde las concavidades de la tumba parece que manda á la naturaleza, pues se muestra dócil y obediente á sus órdenes. ¡Qué espectáculo tan asombroso seria para vosotros, si yo expusiera á vuestra vista en un momento toda la série de sus portentos y maravillas!

La cuna, teatro funesto de las flaquezas y miserias del hombre, fué para Benito mansion de honor y de gloria: apenas ve la luz, apenas se organiza su tierno cuerpecito, cuando ya ofrece al Criador las primeras aspiraciones de un corazon puro: dueño de sí en medio de las fajas que le aprisionan, levanta al Cielo sus manos trémulas en ademán de unirse con el Sumo bien; las primeras palabras que articula su lengua balbuciente son cánticos de alabanza que consagra al divino Hacedor; á él se encaminan y dirigen todas sus potencias, y le hace un temprano homenaje de su entendimiento, de su voluntad, y de todos sus sentidos. De la infancia de los demás santos rara vez se hace mérito en sus elogios, porque arrebatados de las primeras impresiones de una naturaleza corrompida, se dejaron llevar del impulso de sus deseos, antes de escuchar la hermosa voz de la virtud, y cuando empezaron á resplandecer como astros, fué despues de sus primeros dias. Benito no reserva para el Señor una victima manchada con los profanos respetos que ántes hubiese tributado al mundo y á sus halagos; su corazon nunca probó la ponzoña del vicio; en él la prudencia se adelantó al uso de la razon, y la razon al número de los años; como generosa águila voló desde el nido de su infancia á los brazos de la virtud; y se puede justamente dudar, si hubo alguna interrupcion entre su cuna y la virtud, porque ser hombre y ser virtuoso, fué en él una misma cosa. Todavía no sabe fijar sus vacilantes plantas, y ya se dirige al templo en alas de su amor; allí alimenta su tierno espíritu con las verdades eternas; allí abraza su corazon en los incendios de la más ardiente caridad; allí, humillado á los piés del trono, se excita con la idea admirable de ser el héroe de las virtudes, ejemplar de la penitencia, y modelo de la abnegacion evangélica.

¡Qué sacrificios tan generosos y tan anticipados! Pero sacrificios que no eran más que unos vislumbres precursores de la esclarecida

santidad de este gigante de la gracia: su prodigiosa virtud, que ocultaba el velo de su puericia, se dejó ver con claridad luego que el joven atleta empuñó á los nueve años el cayado de pastor. Ocupado en velar sobre su rebaño en los campos de san Fradelo, se sustrae unas veces sigilosamente de la vista de sus compañeros, y á los piés de una elevada encina derrama su fervoroso corazón en presencia de su Dios. Luego forma de una multitud de pieles y arbustos un pequeño santuario, y pasa las noches insomnes, entonando las canciones de Sion. Ya sale de su retiro á buscar los mendigos de las aldeas, y deposita en su seno el escaso alimento que habia reservado para sí; ya practica ayunos poco ménos que continuos, y alige sus delicados miembros con cordeles nudosos; ya se mezcla con los pastorcillos de su edad, y los instruye en los rudimentos de la fé y en las máximas del Evangelio. Unas veces postrado secretamente en tierra, levanta los ojos al Cielo, y se dispone á escuchar con prontitud la voz de su Señor; otras concibe el árduo designio de imitar la santidad y perfeccion en que florecieron cuantos héroes ocultaron las espantosas grutas de Nitria y Tebaida.

Si, hermanos míos, el deseo de buscar modelos y ejemplares de perfeccion, le arranca de la casa paterna, y le trasplanta á los bosques de Caronia, coronados de montañas estériles y escarpadas: discurre ansioso y desahogado por aquellas selvas inaccesibles á los rayos del sol, y cuyo silencio solo interrumpe el fragor de los huracanes, ó el bramido de las fieras, registra sus grutas y profundos valles, camina infatigable por entre riscos y peñas con el fin de hallar á los ancianos pobladores que habitan aquel pais inculto, y satisfacer las ansias que tiene de llegar á la más sublime santidad. ¡Qué espectáculo! Benito encuentra el precioso tesoro que solicita; ve aquellos ángeles del desierto, aquellos venerables ermitaños, que bajo el sagrado instituto del gran Francisco de Asis, habian encanecido entre las rocas y torrentes, se postra á los piés de aquellos prodigios de perfeccion, los oye y los admira, como un discípulo que va á consultar á sus maestros, como un hijo que desea recibir lecciones de sus padres. Desciende con ellos á la palestra, sigue sus admirables huellas, anda por todos sus caminos, toma parte en todos sus sacrificios, y á los primeros pasos de su carrera asombra el joven novicio á sus mismos maestros, se remonta á la cumbre misma de perfeccion, deja muy atrás á los más provecetos y adelantados en la virtud, y adquiere una santidad tan prodigiosa, que empieza por donde terminaron aquellos famosos solitarios.

Cargado el bienaventurado de Palermo de los despojos y trofeos

que recogió en las selvas de Caronia, vuela en alas de su fervor á la capital de Sicilia, por órden del sumo pontífice Pio IV; el Padre santo habia disuelto y relajado la vida solitaria, que por privilegio apostólico emprendieron aquellos famosos ermitaños, y Benito escoge por inspiracion divina la conventualidad de Palermo, donde asociado á los religiosos de santa Maria de Jesús, suelta de nuevo los dignes á su gigante espíritu. Ah! acompañemos con el pensamiento á este humano serafin en la nueva carrera que emprende resignado á la voz del Vaticano. Luego que este célebre colono del yermo se incorpora en claustros minoritas, trae á su memoria las acciones de los mayores santos, que como luminares de primer órden brillaron en el firmamento seráfico; recorre en su imaginacion el espíritu apostólico de los Páduas, la austeridad de los Alcántaras, el celo de los Capistranos, las vigilias de los Regalados, el fervor de los Bernardinos, la humildad de los Diegos de Alcalá, la pobreza de los Luisés, y los éxtasis de los Bailones; revuelve en su fervorosa fantasia los gloriosos triunfos que consiguieron de los tiranos en las mazmorras de África, y en las plazas de la Belgia los Danieles, Hugolinos, Bautistas, Otónes, Acursios, Borardos y Loones; y resuelto á copiar tan sublimes originales, se empeña en unir en sola su persona todos los caracteres de santidad que hubo en ellos.

Animado de esta noble ambicion, dá principio por una crucifixion general de todos sus sentidos. Vestido de una túnica andrajosa y grosera, arma contra sí su propio brazo, y despedaza muchas veces cada noche su carne virgen; cuyas heridas aumenta con una malla de hierro que llevaba sobre sus llagados miembros; aprisiona su cintura con una cadena herizada de agudas puntas; se condena á un prolijo ayuno de siete cuaresmas; y el corto alimento que llega á sus macilentos labios, más bien sirve para entretenir la muerte, que para sustentar la vida; sus vigilias son tan prolongadas, que el poco sueño que toma sobre un manajo de sarmientos, no es otra cosa que un tributo indispensable, que por fuerza le arranca su desfallecimiento; camina descalzo por lugares sembrados de aspereza, abriendo á cada paso que daba profundas grietas en las plantas de los piés, y otras tantas heridas en el corazón; expone sus fatigados miembros á la intemperie de las estaciones, para que á un tiempo le persigan el frío, el calor y la hambre: ¿pero, qué es lo que intento? Yo no soy capaz de explicar el santo furor con que une en sí todo el rigor de los mayores penitentes que florecieron en la numerosa familia del patriarca de Asis; basta decir, que redujo su afligida carne á tan asombrosa severidad, que más parecia un cadáver animado, que un hombre vivo.

Adornado el héroe africano con las sangrientas señales de la penitencia, se apresura á copiar las demas virtudes compañeras inseparables de la mortificación y austeridad. En efecto, luego que Benito llegó á ser el más famoso penitente que vió la religion seráfica en los siglos de oro, tardó muy poco en plantar radicalmente en el fondo de su corazón el reino de la humildad: insensible á los impulsos del amor propio, y transformado en su misma nada, abraza con gusto los ministerios más viles de la comunidad, se reputa por el oprobio y desprecio de los claustros, y anegado en su propia miseria se tiene en su concepto, por el más inútil y pequeño entre sus hermanos. Los pueblos, convencidos de su extraordinaria virtud y milagros, le aplauden; él suspira, llora y gime oprimido bajo el peso de la universal reputacion, y huye á los rincones más escondidos del convento para no ser visto de nadie, y evitar de este modo sus importunos aplausos: si sale de allí, es para conducirse á las chozas mas humildes, y mezclarse con la más infima plebe por conciliarse el desprecio de los grandes; si cruza las calles y plazas de Sicilia, es para llevar sobre sus fatigados hombros un costal de mendrugos, que ha juntado para alivio de los portiduosos; si entra en los hospitales y calabozos, domicilios del hambre y del contagio, es para limpiar las úlceras á los leprosos, besar sus llagas, socorrer su caimiento, y acompañarlos en sus miserias; si se confunde con una chusma de muchachos, es para instruirlos en los primeros rudimentos, y hacerse al mismo tiempo mirar como insensato y extravagante. ¿Pero qué expresiones me bastarian para ponderar los extremos de su abatimiento, ni qué tiempo tendria yo para numerar las demás virtudes que resplandecian en su persona?

El insigne Benito, por medio de un prodigioso enlace, hermanó las cualidades más excelentes que se hallaron esparcidas en los héroes franciscanos que le precedieron; y para formar su perfecto panegirico, sería necesario hablarlos de la santidad de todos los justos de su Orden. Él tuvo el celo de los operarios más famosos del Evangelio que sudaron en las cuatro partes del orbe, y se hizo participante de sus conquistas apostóficas por sus fervorosas oraciones dirigidas al Padre de las luces; él juntó la pureza más acendrada con los rigores de la austeridad; las stauidades de la contemplacion con el empleo continuo de la mendicidad; la abnegacion y recogimiento interior con el bullicio del siglo. Él concilió la mansedumbre y sencillez con la entereza y libertad de ánimo; la separacion de las gentes con las ocupaciones públicas de la obediencia; la soledad y retiro con los ejercicios diarios de caridad. Él, al fin, se transformaba con la gracia

en todas las formas y figuras: todas las virtudes residian en él, y él se señoreaba de todas ellas.

Un hombre tan extraordinario, ¿cómo podría dejar de ser la expectacion y el asombro de toda la Europa? ¿Ni cómo podrian los pueblos ultramarinos dejar de entender que sus virtudes iban de acuerdo con sus milagros? Y ved ahí como la prodigiosa santidad de Benito ilustró y dió mayor realce y autoridad á las maravillas que obraba. Avivad vuestra fantasia, y tened presente, que ésta fué la primera proposicion que elegi en el exordio de mi panegirico, y voy á demostraros á grandes rasgos.

Supuesto que san Benito de Palermo reunió en sí la virtud de todos los justos, ya no es maravilla que obrase los milagros que hicieron famosos á los santos. Dios se empeñó en hacerle un hombre extraordinario, obrador de maravillas, y él trabajó toda su vida para ser hombre de prodigiosa santidad; el resplandor de sus milagros fué correspondiente á su portentosa virtud, y ésta sirvió de realce y confirmacion á sus maravillas. Los pueblos, testigos oculares de los milagros continuos que obraba, fueron al mismo tiempo espectadores fieles de sus virtudes, y éstas les causaron mayor asombro que sus mismos milagros. Los grandes de la tierra, en los que parece que tienen su centro las sospechas y las desconfianzas, estos potentados del siglo, tributaban respetuosos honores á sus prodigios, porque se hallaban convencidos del tenor de su portentosa vida. Los vireyes de Sicilia, los magistrados, los duques, los prelados y todos los fieles de ambos sexos, absortos á vista de sus portentos, se maravillan aún más al ver sus vigiliass, sus ayunos, su humildad, su oracion, sus raptos, su comunicacion con el Cielo, y los rayos de luz que salian de su rostro; al ver, finalmente, que aquellas manos obradoras de tantas maravillas, que dan salud á los enfermos, lengua á los mudos, vista á los ciegos, piés á los tullidos, y vida á los muertos; que aquellas manos prodigiosas eran las mismas que se omepleaban en los ministerios más viles y despreciables del claustro, en limpiar las inmundas llagas de los leprosos, y en trasportar el alimento preciso á los encarcelados. ¿Qué prueba más decisiva de la verdad de sus milagros, que la evidencia de sus prodigiosas virtudes? ¿Qué señal más clara de ser Benito el Taumaturgo de su siglo, que el verle practicar en todos los instantes de su vida los actos más heroicos de perfeccion?

Él en su infancia pasa desde la misma cuna á los brazos de la virtud; en sus años juveniles poseyó la heroicidad de los mayores santos; y en su ancianidad conserva el mismo espíritu y las mismas virtudes.

Su inocente cuerpo estuvo siempre agobiado con las santas crueldades á que le sometió desde su tierna edad hasta los últimos suspiros; su corazón vivió siempre abrasado en los incendios de la más ardiente caridad; y todos sus sentidos estuvieron siempre sujetos á las impresiones de la gracia: él al fin fué un hombre que al primer paso llegó al término de la perfección. ¿Podía darse testimonio más auténtico, ni otra prueba más eficaz para convencer á todos, que ver que sus milagros correspondían á sus virtudes, y que éstas daban nuevo realce, y servían de apoyo y confirmación á los portentos que obraba? Concluyamos, pues, que la prodigiosa santidad de Benito dió nuevo lustre y autoridad á sus prodigios, y que esta misma santidad hizo más creíbles sus milagros. Esto fué lo que propuse demostrar en la primera parte. Ahora añado, que sus milagros sirvieron al aumento de su santidad, y le fueron ocasion y raíz de mayor perfección.

Solo Dios puede mudar las leyes del Universo, y á Él solamente pertenece escoger una criatura, comunicarla su poder, hacer de ella un Taumaturgo, y elevarla sobre toda la naturaleza. Entónces la sabiduría del siglo, el valor de los conquistadores, la habilidad de los políticos, la autoridad de los magistrados, la majestad del trono, la púrpura romana, toda la grandeza pierde su resplandor, y se eclipsa en presencia del hombre de milagros, á quien Dios ha escogido: Benito aparece superior á los demás mortales, porque es depositario del poder del mismo Dios, y aún las criaturas insensibles, los elementos, el fuego, la tierra, el aire, el mar y el abismo, escuchan con sumisión el sonido de su voz.

De este modo se portó Dios con el incomparable Benito. Desde su nacimiento le propuso como un espectáculo extraordinario á todo el Universo, imprimió en él los caracteres y señales de su poder divino, le revistió con la fuerza de su brazo, puso en sus manos las llaves del Cielo, y le enriqueció con los tesoros de su omnipotencia. En su presencia se postran las deidades sublunares, el mundo entero le tributa sus respetos, los pueblos, los monarcas, los obispos, los vireyes, los cardenales y los sumos Pontífices le reverencian, y admiran los prodigios que obra en vida y en muerte, y su sepulcro se halla adornado de los trofeos que á su memoria han levantado el sacerdocio y el imperio.

¡Qué asombro, hermanos míos, ver á un pobre lego hecho árbitro, dueño y señor de todo el mundo, á cuya voz nada hay en la naturaleza capaz de resistir! Él manda, y al punto los elementos olvidan su natural inclinación: el aire pierde sus malignas influencias, los vientos reprimen sus furiosos embates, la tierra mejora sus estacio-

nes, el mar apacigua sus espumosas olas, el cielo se explica en abundantes lluvias, las criaturas más insensibles se detienen ó se mueven á la voluntad de este Taumaturgo, y toda la naturaleza pasmada, atenta y obediente, reconoce en él el poder del supremo Criador.

Seria poco haber tenido este imperio sobre las criaturas inanimadas, si no lo hubiera ejercido tambien sobre los mismos hombres. En efecto; vieron éstos á este varon portentoso caminar por las plazas, aldeas y ciudades populosas, llevando consigo las llaves de la vida y de la muerte. Le vieron atravesar toda la Sicilia, dejando en todas partes vestigios y señales de su mano milagrosa. Allí hace revivir á dos niños despues de muchas horas que habian espirado, y los restituye sanos á sus desconsolados padres. Aquí renueva el prodigio de san Pedro en el pórtico de Jerusalén, y hace caminar á un paralítico con el contacto de sus manos. Allí cierra el sepulcro, y libra de las fauces de la muerte á una matrona deshaciada entre los dolores del parto, y aún á otra mujer hidrópica, que habia apurado en vano todos los arbitrios de la medicina. Aquí da vista á dos ciegos de nacimiento, y luego cura las calenturas más pútridas y las llagas más desesperadas con un sorbo de agua común, ó dando á mascar á los pacientes una corteza de pan. Allí hace hablar á los mudos, oír á los sordos, y salir á los demonios de los cuerpos de los energúmenos que habian atormentado mucho tiempo. Ya se deja ver en los hospitales de los agonizantes, y á su vista hayen las fiebres malignas, y los enfermos quedan consolados y restituidos á una perfecta salud. Y para decirlo en compendio, todos los lugares por donde pasa ven desaparecer los males que los afligian, ninguno invoca en vano su maravilloso poder; en una ciudad renueva los mismos prodigios que acaba de obrar en otra, y parecia que la naturaleza habia recibido orden de su Autor para obedecer en todo á Benito de Palermo.

Taumaturgo y profeta á un mismo tiempo, rompe los velos que occultan los sucesos de los siglos futuros, y queda todo patente á su vista; ve las revoluciones más extrañas, y las más singulares escenas que han de acaecer en la Iglesia y en el Estado. Reune su imaginación las diferencias de los tiempos, señala con la mayor distincion sus circunstancias; y como si tuviera presentes todos los lugares, declara como Isaias y Jeremías lo que pasa en todas partes; los secretos del corazón se descubren á su penetración, y registra lo más interior de las conciencias. Revela á unos, como Ezequiel, el funesto decreto de su muerte, y á otros anuncia, como Natán, sucesos próximos y favorables.

¿Qué mas? Un hombre sin letras, educado en medio de las selvas, empleado en los ministerios económicos del claustro; sin haber cursado jamás las academias de Europa, habla el lenguaje de los sábios, discurre sobre los puntos más delicados de teología, penetra los misterios más altos de la religion, y descubre las verdades más abstrusas, que no alcanzan con el estudio de las letras los varones más famosos de su siglo, los oráculos que se habian hecho admirar en el concilio general de Trento; estos hombres, que habian encanecido sobre los libros, le consultan en sus dudas.

¿Quién creería, oyentes, que un hombre cercado de tantos honores, lisonjeado de grandes y pequeños, y rodeado de los aplausos de un numeroso pueblo que acude á la voz de sus prodigios, no expondría su virtud al peligro de la distraccion, su austeridad al riesgo de la tibieza, ó su humildad á los lisonjeros vapores de la vanidad? Sin embargo, acompañadle con la consideracion á las ciudades más populosas, á la presencia de los víreyes, al palacio de los obispos; á las casas de los grandes, donde el ocio y las delicias se suceden mutuamente: seguidle por las calles y plazas más públicas, centro y depósito de los placeres y de la dissipacion, y le admirareis en todas partes como el solitario más perfecto y el religioso más austero; y convendreis conmigo, en que sus milagros contribuyeron al aumento de su santidad, y le fueron ocasion y raiz de mayor perfeccion.

No lo dudeis. Presentáanse á su vista el aparato ostentoso y pompa halagüeña del siglo, pero, sin merecerle la menor atencion, vive sossegado en el seno de la confusion, y silencio en medio del estrépito; su alma se halla tan unida con Dios, que el mundo no tiene la menor entrada en su corazon: enajenado en las profundidades de una sublime contemplacion, camina por medio del tumulto olvidado de todo, desasido de la tierra, y tan absorto en las cosas del cielo, que no piensa sino en Dios, no suspira sino por Dios, no ve ni oye sino á Dios, como si en este vasto Universo no hubiese más que Dios y Benito. El bullicio tempestuoso del siglo que le embiste, no le impide sus rigurosos ayunos, su austeridad continua, el ejercicio de su oracion, el fervor de su devocion, la vigilancia de su celo, lo encendido de su caridad, ni su profundo recogimiento: él vive unido con Dios, y crucificado al mundo en medio del mismo mundo, y Dios se comunica con él con la mayor abundancia y liberalidad. La dissipacion, el boato, las delicias y el estrépito de un siglo tumultuoso no pudieron turbar su recogimiento interior, su union con Dios, ni su amor á la penitencia; así como los aplausos, las honras y los obsequios de un mundo halagüeño no fueron capaces de alterar su profunda humildad.

En efecto: Benito se vió elevado al más alto grado de reputacion; los pueblos se postran á sus piés para implorar su proteccion, los enfermos convalecidos, los ciegos que recobran la vista, y los muertos resucitados, publican á gritos sus maravillas: los grandes aplauden su poder, el mundo entero, asombrado con sus milagros, pregona sus elogios, los prelados, los víreyes, los duques y marqueses, lo más alto y sagrado del sacerdocio, lo más encumbrado y augusto del siglo, todos obsequian y panegirizan públicamente sus portentos; pero estas aclamaciones tan lisonjeras, léjos de destumbrar y de engrair su corazon, le sirvieron para humillarle y confundirle más.

Confesemos, pues, que los milagros de san Benito de Palermo debieron su mayor aplauso, su mayor esplendor y su mayor gloria á su prodigiosa santidad; así como su santidad debió su mayor aumento y su mayor mérito á sus milagros. La santidad de Benito fué la prueba, el apoyo y el argumento de sus milagros, porque ella misma hizo más creibles sus milagros, y de ella le resultó mayor autoridad y mayor aplauso; y sus mismos milagros acreditaron su santidad, porque contribuyeron al aumento y á la perfeccion de su virtud, y fueron ocasion y origen de mayor santidad. Por eso, para pintar á san Benito de Palermo con un solo rasgo, y ceñir su elogio á las palabras de mi tema, concluyo: que este grande hombre, tan obrador de maravillas y prodigios, fué igualmente santo que milagroso.

Santo mio, por tu nacimiento pertences á Sicilia; por inclinacion eres hijo del patriarca de Asis; pero la piedad de tus devotos te reconoce por patron, abogado y protector: mira con propicios ojos desde el Cielo donde habitas á este pueblo devoto, que fija en tu proteccion toda su prosperidad: alcánzale por tu medio los auxilios y gracias que necesita, para conducirse por las sendas rectas, merecer el premio eterno, y alabar á Dios en vuestra compania por toda una eternidad. Amen.

PANEGÍRICO DE SAN BERNABÉ, APÓSTOL.

Joseph autem qui cognominatus est Barnabas ab apostolis, quod est interpretatum filius consolatorum.

José á quien los apóstoles pusieron el sobrenombre de Barnabé, esto es, hijo de consolacion.

(ACT. APOST. 4, v. 36.)

Muchas y grandes ideas ofrecen las sagradas Escrituras para trazar el panegirico del apóstol S. Bernabé; mas entre ellas hay una, que por su magnitud y trascendencia, descuella sobre todas las otras, y llama desde luego la atencion del orador cristiano. El nombre de nuestro insigne apóstol forma por si solo su mayor elogio: Es un celestial presagio de los actos de su vida y un compendio de sus heróicas virtudes. Con solo pronunciar ese nombre, queda fielmente expresado el carácter de san Bernabé, y trazado de un solo rasgo su panegirico. Honoríficamente mencionado por el evangelista S. Lucas, en su historia de la naciente Iglesia; distinguido por él entre la piadosa muchedumbre que vendia sus bienes para depositar su producto en manos de los Apóstoles; aún hoy dia brilla Bernabé esplendorosamente en medio del magnifico é inaudito espectáculo que en aquellos tiempos asombró al mundo. El santo Evangelista nos refiere cómo los apóstoles, inspirados por Dios, para dar mayor celebridad á este discípulo de Cristo, cambiaron su primitivo nombre de José en Bernabé, que quiere decir: *hijo de consolacion*; anunciando de esta manera á la Iglesia, los grandes consuelos que debía recibir de aquel hijo predilecto. Con efecto: la Providencia, hermanos míos, suele muchas veces revelar sus designios sobre los escogidos, imponiéndoles ó añadiéndoles insólitos y misteriosos nombres. El de Noé significa *reposo del mundo*, y por él cesó el diluvio. El de Abraham, *padre de la multitud*, y sus hijos fueron tan numerosos como los astros y las

arenas, Jacob fué llamado *Israel*, para denotar la fortaleza con que luchando venció á un ángel; Isaac, *madre que rie*; José, *hijo que crece*; Moisés, *salvado de las aguas*; Juan, *lleno de divina gracia*; Cephas, *pedra sobre que descansa la Iglesia*. Estos no deben considerarse como nombres terrenos, sino como oráculos santos, que denotan la gracia celestial que, juntamente con ellos, se dió á aquellos á quienes fueron impuestos. Si, pues, por inspiracion de Dios se cambió el nombre á nuestro apóstol, que llamándose José, fué despues llamado Bernabé, que quiere decir, *hijo de consolacion*, preciso es reconocer, que Dios lo eligió para este piadosisimo oficio, y dió en Bernabé á su Esposa la Iglesia una fuente perenne de abundantisimo consuelo, que le sirviera de alivio en sus grandes aflicciones. He ahí, hermanos míos, trazado en pocas palabras el plan de mi discurso. En vano buscaríamos para Bernabé un elogio mayor ni más digno, que el que pronunció la misma boca de Dios. Su santo Espiritu, moviendo la pluma de Lucas á relatar con tanta elocuencia sus hechos y á cambiarle el nombre, nos muestra el sendero que debemos seguir para encomiarlo. Bastará que recorramos mentalmente este sendero, para llegar á conocer los eminentes servicios que Bernabé prestó á la Iglesia, y por qué inspiracion los apóstoles, al verle ofrecer el precio del campo que habia vendido, todos de comun acuerdo le impusieron aquel misterioso nombre. El elogio es sencillo, pero sublime, como emanado de Dios; y por lo mismo, es de un valor inapreciable para la elocuencia cristiana, y capaz de excitar hasta el más alto grado la tierna piedad de los fieles. Pidamos los auxilios de la gracia. *A. M.*

Bernabé, proclamado consolador de la Iglesia, fué, efectivamente, tal para ella cuando más necesitaba ser consolada. Récient nacida aún, y cuando apenas daba sus primeros pasos, amontonáronse sobre su cabeza negras y amenazadoras nubes, precursoras de grandes tempestades. Empezaban á cumplirse para con ella los tristes presagios de su Señor. La Sinagoga, envidiosa y poseida del más rabioso furor, tenía, por decirlo así, cogida de la garganta; y con sus sacrílegas manos, teñidas con la sangre del Justo, queria ahogarla desde su mismo nacimiento. Los Apóstoles habian experimentado ya los rigores de la persecucion, y llevaban impresas en sus cuerpos las señales de las cadenas. Escrita estaba la sentencia.—O dejar de predicar á Jesucristo, ó prepararse á morir.

El primero de los mártires habia dado ya su vida por tan noble causa, muriendo heroicamente á manos de sus lapidadores, Saulo,

lento de bárbara saña, corría por todas partes, cual lobo rabioso, para despedazar el cristiano rebaño. No hay palabras bastantes para describir el lastimoso espectáculo que ofrecía la ciudad de Sion. Hombres, mujeres, ancianos y niños, huían llorando de temor y espanto, ó eran sacados violentamente de sus hogares, desde los cuales se les trasladaba cargados de cadenas á las cárceles públicas; y como si esto no bastase, la implacable Sinagoga habia impetrado unas cartas de exterminio, que la facultaban para limpiar igualmente de sangre cristiana la ciudad de Damasco.

En aquel tremendo trance, presentóse Bernabé á la Iglesia, cual rayo consolador que disipa las tinieblas, ó como luminosa estrella que viene á reanimar las esperanzas del navegante en medio de la oscuridad de una borrasca. Mostróse á ella, y en el acto mismo le ofreció sus bienes, su cuerpo y su alma. Los apóstoles, llenos de inefable alegría, abrazaron con la mayor efusión á aquel hombre fervoroso, se miraron asombrados unos á otros, y exclamaron unánimes:—¡He aquí el hombre que se nos envía para nuestro consuelo! José, el Espíritu Santo te cambia el nombre; desde hoy te llamarás Bernabé, y así te denominará la Iglesia.—Y ya sea porque fuese él el primero que hubiese dado aquel insigne ejemplo de fe y desprendimiento, ó porque sus grandes dotes le hiciesen merecedor de esta honra, ó porque la generosidad y nobleza de sus sentimientos acrecentasen el mérito de su resolución, lo cierto es, que desde aquel instante fué la alegría del colegio apostólico.

Parece que Dios le habia confiado la ejecución de sus mayores y más interesantes prodigios, uno de los cuales fué sin duda la conversión de Saul. Herido por la divina gracia, aquel duro corazón no resistirá á la inspiración de lo alto, y será, finalmente, un vaso de elección. ¡Qué de conquistas hará por su medio la Iglesia! Mas ¿quién asegurará la realización de tan feliz suceso? ¿Quién será el que, calmando los temores de la Iglesia, le descubrirá el tesoro que posee, aunque oculto todavía en el campo evangélico? El mismo Saul. No osa acercarse al temeroso rebaño, porque se le impiden sus propias manos bañadas en sangre; y sin embargo, la Iglesia, aterrorizada como está por sus inauditas crueldades, necesita que alguno la persuada de que, bajo la forma aparente de aquel fiero Esaú, se ocultan los tiernos afectos de un dulcísimo Jacob. Saul procura por todos los medios posibles unirse á los discípulos; pero todos sus esfuerzos eran inútiles. Humeaba todavía en sus manos la sangre cristiana, y los fieles huían espantados de su presencia. Solo Bernabé, el amado Bernabé, su antiguo amigo, podía otorgarle la suspirada

mediación. Y en efecto; Bernabé lo toma de la mano, lo presenta á los apóstoles, desvanece el temor del uno, vence la repugnancia del otro; les refiere el prodigio acaecido en el camino de Damasco, merced al cual el antiguo lobo se habia convertido en manso cordero; refiérelas como descendió sobre él un rayo y lo circundó con su luz; como la voz del Señor le dirigió palabras consoladoras, y le mandó que fuera á predicar á las gentes; y ostentando en toda su plenitud el gran carácter de consolador de los corazones, exhorta á los discípulos á que no teman ya á Saul, ni huyan de él, sino que lo abracen como un nuevo apóstol que les envía el mismo Jesucristo.

Así como al asomar el sol huyen las pavorosas sombras de la noche, y se esperece por dō quiera la luz y la alegría; así la Iglesia, desechando entōnces la duda y el temor que la embargaban, llenóse de júbilo por la gran conquista que acababa de hacer, y comprendió la razon por que Bernabé vino á llamarse *consuelo de los corazones*. Y con razon se le llamó así, porque Dios le habia dotado de un corazón hecho á semejanza del suyo, cuyo principal atributo parece ser la bondad. El Espíritu Santo dice de Bernabé, que era bueno: *erat vir bonus*; queriendo significar con estas palabras, que la bondad era su carácter dominante; que su bondadoso corazón inspiraba ideas á su entendimiento, palabras á su boca, y llenaba toda su persona de una suavidad tan grande, que verle, hablarle y quedar vencido y cautivado por su amabilidad, era una misma cosa.

A este motivo de verdadera alegría se añadió otro en breve. De repente esparcióse por la ciudad de Jerusalén el rumor de que el Evangelio habia obtenido grandes primicias entre los gentiles de Antioquia. Pedro recuerda al momento el éxtasis de Joppe y el lienzo lleno de cuadrúpedos, aves y reptiles que entōnces vió. Refiere la visita que le hizo Cornelio de Cesárea, y el bautismo que confirió al centurión romano en casa de Simon el curtidor. Entōnces él y todos los circunstantes buscaron con los ojos á Bernabé, y viéndole le dicen que vaya á Antioquia en nombre de todos los apóstoles, como si él solo bastase por todos. Y al llegar Bernabé á Antioquia, su corazón se llenó de un gozo espiritual tan grande, que no bastando á contenerlo, lo derramó en los corazones ajenos.

A la manera que cuando prende el fuego en una secular encina, levántase impetuosa la llama, y llevada por la fuerza del viento se propaga de uno á otro árbol, hasta convertir el bosque todo en una vasta hoguera; así Bernabé con sus palabras llena de alegría y santo ardor el ánimo de cuantos le escuchan, porque usa un lenguaje que avasalla los corazones, y difundiendo en todos ellos la virtud de su

nombre, exhorta y edifica y consuela juntamente. Por esto la divina miés crece á su vista de una manera tal, que no bastando á cogerla él solo, determina ir en busca de un nuevo segador. En semejante circunstancia se olvida enteramente de sí mismo para no pensar más que en la Iglesia. Animado del mismo heroico desinterés con que desde un principio se consagró á ella, corre á la ciudad de Tarso en busca de Saulo para traerlo á Antioquia, y hacerle participante de sus gloriosos triunfos. ¡Qué humildad! ¡qué desprendimiento! ¡qué celo! Conoce Bernabé el gran talento y las eminentes cualidades de Saulo, mas no por esto le tiene envidia, ni teme que le haga sombra; ántes al contrario, sin vacilar, se pospone á él, aunque más antiguo que él en la fé, y profeta ántes que él, y padre y abogado suyo para con los apóstoles. Así Saulo entra en el planque apostólico conducido por Bernabé.

Presagia Agabo con tristes palabras el hambre que afligirá á la tierra. La iglesia de Jerusalén, despues de haber vendido en parte y perdido en parte sus bienes, ve con espanto acercarse la hora en que las viudas gerirán en el más deplorable abandono, y los tiernos infantes pedirán inútilmente al exhausto seno materno el necesario sustento; y en medio de su aflicción implora el auxilio y la intercesion de Bernabé. Habla el discípulo del amor, y á impulsos de su prodigiosa palabra, Antioquia hace un milagro de caridad. Olvidándose de sí misma y de la penuria que quizás tambien á ella la amenaza, la generosa cindad vierte abundantemente la plata y el oro en las manos de Bernabé, rogándole que lleve presturoso aquellos socorros á la infortunada Jerusalén. Los apóstoles, llenos de santo alborozo, le proclaman abogado de los pobres, y los pobres bendicen en él al ángel protector enviado por la divina Providencia. Pero aún hay más. La fama de este sublime acto de caridad se extiende rápidamente, y sirve de estímulo á otros corazones generosos. Sábelo Elena, reina de los Adiabenas, y abre inmediatamente sus tesoros, á favor de los cuales llegan á Joppe numerosas naves cargadas de trigo, que derraman la abundancia en la hambrienta comarca. De esta manera Bernabé, excitando con su ejemplo la generosidad de los reyes y poderosos de la tierra, adquiere un nuevo título á la gratitud de los pobres y desvalidos, que todos á una voz le proclaman: *Hijo de la consolación*.

El mismo divino Espíritu, que le habia impuesto aquel nombre y aquel oficio tan tierno, quiso dar con una manifestacion solemne un campo más vasto á su ejercicio. Recordad, oh hermanos míos, aquel dia para siempre memorable, en que estando los fieles reunidos en

Antioquia para la celebracion del santo sacrificio, un impulso de alegría y de espíritu movió repentinamente á los profetas, y Simon el Negro, Lucio de Cirene, Manaem, y todos los otros exclamaron:—Oid, oid; el Espíritu del Señor habla por nuestra boca, y dice: Tomad de entre vosotros á Bernabé y á Saulo, y consagra los para la obra á que los destino.—Entónces se descubrió con toda claridad el misterio del nombre impuesto á Bernabé. Si Saulo, dice S. Juan Crisóstomo, fué el consuelo de la Iglesia, como columna de la fé, órgano de Jesucristo, y admiracion del mundo, no lo fué menos Bernabé, como destinado por Dios para acompañar á Saulo en aquella admirable empresa. En aquel dia, en aquel acto, tuvo principio la memorable época y la forma de todas las consagraciones futuras, pues que de allí tomó la Iglesia sus principales ritos. Bernabé y Saulo postrados en tierra, nos ofrecian la imagen de todos aquellos santos pastores, que guiando entre mil penosas vicisitudes á los fieles por el sendero de la patria celestial, debian coimar sucesiva y perpetuamente de consuelo á la Iglesia.

Aquí, oyentes míos, la grandeza de cada uno de estos dos insignes hombres constituye el elogio del otro. En efecto: ¿cuán grande no habia de ser Bernabé para poder seguir á Saulo, manteniéndose siempre á su lado, y emular de esta manera el vuelo de aquella águila generosa, que, desde las mayores alturas, media con su penetrante mirada la inmensidad de los espacios, y tendiendo el vuelo, los recorria en un instante? ¡Ah! desmaye al seguirle otro cualquier discípulo del Evangelio; Bernabé andaré siempre á igual paso que él!

Si Saulo escoge por primer teatro de sus apostólicas empresas la isla de Chipre, le seguirá Bernabé con firme corazon y seguros pasos hasta aquellas playas remotas. Su simpática presencia y sus maneras afectuosas harán todavía más amables las doctrinas evangélicas. Saulo comoverá á las gentes con su robusta elocuencia, y Bernabé ganará los corazones con el atractivo de una consoladora bondad. Saulo inerepará con fogosa palabra á Elimas el impostor, y cegará sus ojos en presencia del próconsul Sergio; Bernabé excitará en el próconsul un deseo vehemente de oír la palabra de Saulo. Hablará Saulo, y el próconsul convertido creará en Jesucristo. Salamina y Pafos oirán atentas su predicacion, y en breve la provincia toda se convertirá al Cristianismo. La Iglesia sentirá las primeras impresiones de aquella purísima alegría, que experimenta cuando los grandes del siglo se inclinan ante el Evangelio, y arrastran en pús de sí al pueblo con su ejemplo; y Bernabé, con tan gran parte

tiene en aquel triunfo, consagrará la memoria de él con un hecho digno de eterna recordación.

El próconsul, después de haber recibido el bautismo, movido por la gratitud, ó por el deseo de dejar á Saulo una memoria suya, ruega al apóstol que tome su nombre, uno de los más ilustres de la antigua Roma. Saulo, en su humildad, debió rehusar aquella honrosa demostración; pero hubo uno que logró vencer tan heroica modestia, y éste no pudo ser otro que Bernabé. En efecto: Saulo, por consideración á él, accedió á los ruegos del próconsul. De esta manera se hizo célebre y pasó á la posteridad, uno de los primeros triunfos que la religion cristiana obtuvo contra el gentilismo. Los héroes del Lacio, dice S. Jeronimo, solian tomar el nombre de las provincias que habian conquistado, llamándose africanos, numidicos, egipcios, sarmáticos. El apóstol conquistador, accediendo á las reiteradas súplicas de Sergio Paulo y de Bernabé, consiente en trocar su nombre por el de Pablo. ¡Qué inagotable manantial de alegria abre de este modo á toda la Iglesia cristiana; desde entónces en adelante, cuantas veces nombrará á Pablo, cuantas no pronunciará epilogada en este solo nombre la historia toda de sus más insignes triunfos! Entre estos, uno de los más célebres y que mejor dán á conocer el carácter del ilustre compañero de Pablo, fué el que ambos consiguieron en Listra, ciudad de Licaonia. Pablo predicaba á los licaonios, y Bernabé estaba á su lado guardando un grave silencio; pero la majestuosa serenidad de su frente y la dulce expresion de sus ojos hablaban á los corazones tan eficazmente como aquél con sus lábios. De repente un hombre que estaba entre la multitud, cojo desde el vientre de su madre y que nunca habia andado, obedeciendo á la voz de Pablo y á la mirada de Bernabé, se levanta y anda. El pueblo, que imbuido en las necias ideas mitológicas, cree que sus divinidades descendien de vez en cuando á la tierra en forma humana, exclama, que Pablo es Mercurio, mensajero é intérprete de los dioses. ¿Y qué dice del silencioso Bernabé? Dice que éste no puede ser otro que Júpiter. Efectivamente: su elevada estatura, su noble semblante, su apostura majestuosa y sus ojos llenos de dulce penetracion, son indicios de un corazon magnánimo y de un carácter sublime y bondadoso, calidades que los gentiles atribuian á Júpiter; de manera, que la opinion de los hombres confirma el oráculo pronunciado por los apóstoles en honor de Bernabé. Difícilmente puede éste rechazar los toros adornados con guirnaldas que se le ofrecen, y disuadir á los sacerdotes, que empuñando las sagradas cuchillas se disponen á sacrificárselos.—Desengañaos, exclama, desengañaos, soy un hombre como voso-

tros;—y rasgando de dolor y espanto sus vestiduras, apenas puede persuadirles que no es un Dios.

Tal era el dominio que Bernabé ejercia sobre los corazones humanos, dominio que ejerció de nuevo en Antioquia, cuando habiéndose suscitado la fatal disputa, sobre si á los preceptos de Cristo debian añadirse los de Moisés, turbóse la paz doméstica y se introdujo la cizaña en el campo evangélico. Para poner término á tan funesta desunion, y devolver á los fieles la alegria y la tranquilidad perdidas, pasó Bernabé á Sion con el objeto de consultar á los apóstoles; y durante el viaje fortaleció el corazon de los fenicios y samaritanos, como dice S. Lucas; y llegado á Jersalén, acrecentó con sus palabras el gozo espiritual de aquellos mismos que habian tenido la dicha de ver al Señor. Porque allí refirió las maravillas que Dios por su ministerio habia obrado entre las gentes, y la gracia que le habia concedido de padecer por él. Refirió la lapidacion de Listra, las violencias de Antioquia, los motines de Iconio, las traiciones, los peligros, los azotes, las cárceles, el frio, la desnudez, el hambre, la sed, los naufragios, los padecimientos de toda especie, que tal vez hicieron enojosa la misma vida; y por último, las tribulaciones todas que Pablo describe á los Corintios, y en las cuales Bernabé le acompañó constantemente. Luego añadió, que en medio de aquellos grandes peligros, la virtud de Cristo y de su Espiritu habia triunfado siempre del mundo y del Infierno, de lo cual eran otros tantos testimonios solemnes los enfermos curados, los demonios ahuyentados, las lenguas habladas, y los muertos resucitados.

La asamblea apostólica, al oír de boca del mismo divino operario el relato de tantos prodigios, poseida de vivisima alegria, se quedó como extática, guardando el más profundo silencio. Santiago fué el primero que habló, diciendo: que las decisiones de Pedro y los sucesos de Bernabé demostraban evidentemente, que Dios habia querido librar del yugo mosaico á las naciones convertidas, y que así debía declararse con un decreto apostólico. Pronunciado el decreto, los apóstoles encargaron á aquel hombre tan portentoso y amado, que fuera á comunicarlo á los atfidos moradores de Antioquia. Contemplad ahora, hermanos míos, aquella grey recién convertida al cristianismo; ved con que demostraciones de alegria recibe á Bernabé á quien considera y ama como padre, y con que ansiedad se reúne en torno de él para oír el suspirado oráculo.—El Espiritu Santo y nosotros hemos tenido por bien, no imponeros otro yugo que el suave y blando de Jesucristo.—El júbilo inunda todos los corazones, se retrata en todos los semblantes, y brota en todos los

lábios. Los fieles acérranse á Bernabé, pidiéndole aquella venerable epístola. Léela y vuelven á leerla repetidas veces, y bendicen al Espíritu Santo, que ha dictado á los apóstoles tan sabia decision, y á Bernabé, ángel de paz y de consuelo, por cuyo medio se les ha comunicado tan fausta noticia.

Desde el momento que Dios tuvo por bien separar á nuestro apóstol del lado de Pablo, el cronista apóstolico deja de hablar de él, y faltando así la luz de la divina historia, es necesario buscar otra antorcha para poder ir siguiendo sus gloriosas huellas. Tenemos una tradicion de doce siglos, admitida por santos y doctísimos varones, consignada en antiguas liturgias reconocida por varias iglesias, y apoyada en muchos decretos sinodales, segun la cual Bernabé fué á Italia, predicó el Evangelio en la Liguria y en la Cisalpina, y fundó, entre otras, la iglesia de Milán.

De esta manera, oyentes míos, los hechos de Bernabé, referidos por Lucas, escritos en la historia ó grabados en la memoria y en el corazon de los hombres, corresponden plenamente al profético nombre que le dieron los apóstoles: *Barnabas interpretatur filius consolationis*. Voy, pues, á terminar mi discurso, diciendo con vosotros: Apóstol de Dios, firme columna y consuelo de la Iglesia, padre y consolador nuestro, humildemente postrados os rogamos, que nos concedais el auxilio de vuestra poderosa intercesion, para que imitando vuestro ejemplo, y siguiendo las santas huellas que dejasteis impresas en la tierra, podamos algun día llegar á reunirnos con vos en el ciclo. *Amen*.

PANEGÍRICO DE SAN BERNARDO, DOCTOR Y FUNDADOR.

*Spiritus intelligentior, sanctus, unicus,
multiplex.*

Espíritu de inteligencia, santo, único y
multiforme.

(SAP. VII, v. 22.)

¿Si me atreveré yo á aplicar al espíritu de un hombre un angusto carácter, que única y esencialmente corresponde al Espíritu de Dios? Espíritu de santidad, que es la fuente y el fruto de todas las gracias. Espíritu único, que no es comparable sino á sí mismo. Espíritu multiplicado, que encierra toda especie de espíritu. Esta es la ingeniosa interpretacion que dá el mismo S. Bernardo á las palabras de Salomon (1), interpretacion en la cual hace ver sin duda, la imagen de sus virtudes, de su ciencia, de sus trabajos, de su autoridad, de sus victorias y de sus prodigios.

En todo es admirable, singular y único. Si: Bernardo es hombre único. Único, por el conjunto de mil cualidades opuestas al parecer, y que tal vez no se han encontrado jamás reunidas sino en él solo; y único, por la autoridad que aquellas cualidades brillantes le conceden sobre los monarcas, sobre los pontifices y sobre el mundo entero. En un solo hombre parece que se comprenden muchos: *Spiritus multiplex*. Por cuantas partes se le considere se ve el hombre de Dios y el santo. *Spiritus intelligentior, sanctus*. Bernardo, hombre único por los rasgos singulares que caracterizan su santidad; Bernardo, hombre único por la autoridad universal á que le hace acreedor su santidad. Estos son los dos puntos de apoyo sobre los cuales me he propuesto compendiar su carácter, y ceñir el plan de su elogio. Para entrar en materia pidamos los auxilios de la gracia: *A. M.*

(1) BERN. SERM. IN FEST. PENTECOST.

Hay algunos hombres extraordinarios, que se diferencian otro tanto de los demás por su ingenio y carácter, cuanto por su nombre. Tal es como os voy á representar á S. Bernardo. Sábio sin estudio, apóstol solitario, penitente y justo.... Por lo mismo, os le he anunciado como un hombre único, pues son únicos los rasgos que caracterizan su santidad. El hombre único no debe parecer á los de su tiempo; debe ser todo lo contrario. Al acabarse el undécimo siglo y principiar el duodécimo, habia acrecentado la licencia de las armas (y con especialidad en Francia) los abusos y los escándalos. A la sombra del vicio acreditado, se habian esparcido las tinieblas de la ignorancia. Esta habia producido, por una parte, la superstición, y por otra, la impiedad. Como era el siglo más bárbaro, era también el más irreligioso. En medio de estas tinieblas apareció Bernardo, y lo llenó de luz y resplandor. Como de ingenio vasto, fácil, reflexivo, noble é insinuativo, levantó las ciencias del sepulcro que parecia encubrir. En sus escritos hallareis expresiones escogidas, reflexiones profundas y retratos animados, que son las cualidades que los distinguen y hacen tan apreciables. Hasta en la simplicidad y sencillez del estilo, reina en ellos la elevación, la nobleza y la majestad. Allí se encuentra la erudición de un sábio y la piedad de un santo. Entre los pasajes tomados de la sagrada Escritura, se hallan sembradas la riqueza y la hermosura de la más sublime elocuencia. Son una encadenación de pruebas, de pensamientos y de pasajes escogidos; pero, ¡qué pruebas tan brillantes! ¡Qué pensamientos tan enérgicos! ¡Qué admirables sus pinturas y descripciones! Por todas partes manifiesta Bernardo talentos superiores, únicos y variados.

Aquí es un teólogo sóldo, que descubre con exactitud y precisión los dificultosos dogmas de la gracia y de la libertad. Allí es un filósofo juicioso, que descubre con arte los sutiles errores y equivocaciones de la falsa filosofía, desmenzándolos y destruyéndolos á un mismo tiempo. Parece al ver sus obras en esta parte, que se leen los doctos escritos de S. Justino. Aquí presenta Bernardo como intérprete fecundo, y en el tiempo más interesante, las verdades más oscuras. Allí, como predicador celoso, pinta con viveza el vicio y sus engañosos encantos: la ilusión que á estos acompaña, y las consecuencias que se les siguen. En una palabra, Bernardo es el último de los padres de la Iglesia, y quien á todos les reproduce. Él tiene el espíritu de todos los santos doctores. Sin embargo, este hombre tan profundo y tan sábio, es un sábio sin estudio, su ciencia es una ciencia infusa y divina. Ved ahí lo que no pertenece sinó á Bernardo; y ved ahí porque os le he propuesto como hombre único. ¿Se

creeria esto á no haberlo él mismo asegurado? La soledad era la escuela en que sus talentos se manifestaban, su espíritu se ejercitaba y su ingenio resplandecía. La piedad era la luz que le iluminaba, la oración, la fuente de sus luces, la cruz del libro en que leía, el Espíritu Santo el que le iluminaba; y Dios solamente era su maestro.

Yo confieso, hermanos míos, que se confunden y trastornan mis ideas, al ver las diferentes ocupaciones de Bernardo, que apenas logró vivir sepultado en el mundo. Solitario por elección, y por vocación apóstol, hasta el mismo Bernardo se admira al ver los diferentes géneros de ocupaciones en que se empleaba; y vosotros mismos os admiraríais también, si no supierais que el carácter de Bernardo es el de ser siempre un hombre único. Pensaba hacerlos observar el principio de su fervor en el retiro del Cister; pero me lo impide el ver, que el ángel del Señor conduce á otras regiones á aquel nuevo Tobias. ¿Y dónde le encamina? A Claraval, lugar horroroso, donde empero, no se tardará mucho en levantar por el celo de Bernardo, los fundamentos de una nueva y preciosísima colonia para la Iglesia. Las lecciones y los ejemplos de Bernardo dispondrán allí Antonios para el desierto, Atanasios para el obispado, Leones para la tiara y santos para el cielo. ¡Oh Claraval! En ti es donde yo pondría la vista para Bernardo, si éste no tuviera que atender más que á un solo ministerio. Mas, ¿á cuantos diversos empleos está destinado?

Uno de sus panegiristas dice, que es un hombre enteramente para el mundo y enteramente para sí. Esta es justamente la pintura de su vida. Bernardo todo enteramente para el mundo. Casi al mismo tiempo, admiraba Claraval la sabiduría de su gobierno, Paris la fuerza de su elocuencia, Reims la extensión de sus luces, Tolosa el ardor de su celo, Milán el resplandor de sus milagros, Roma la constancia de su heroísmo, y toda la Iglesia su generoso desinterés. Como un relámpago pasó tres veces á Alemania, recorrió la Francia, atravesó los Alpes, y penetró en Italia. Corre de Oriente á Occidente, y está siempre pronto para ir á donde los intereses de la religion le llaman. Pacificador de turbulencias, restaurador de la disciplina, y consejero de los Papas: cada uno de estos títulos indica en Bernardo algun rasgo particular de su apostolado. Éste lo ejerció especialmente con dos hombres dignos de ser por sí mismos los apóstoles del universo: el uno fué Pedro el venerable; el otro el abad Suger. El venerable gobernaba el orden de Cluni con una sabiduría de todo punto admirable. Sin embargo, lo mismo fué echar Bernardo sobre Cluni aquella severa mirada con que descubría manchadas hasta

las virtudes, que advertir en el superior una indulgencia perjudicial, que inmediatamente se atrevió á vituperarle. Consagrado Suger á la Iglesia por inclinacion, y dedicado al Estado por sus empleos, servia con igual desinterés al sacerdocio que al imperio. No obstante esto, le parecia á Bernardo que en el ministerio del príncipe, habia un lujo y una magnificencia que no debia permitirse á un ministro del altar. Determinó advertírselo, reprendérselo, y aún condenárselo. ¿Y cuál fué el dichoso fruto de su celo y trabajo? Pedro el venerable os lo dirá por sus sucesos. Suger por su penitencia.

A aquellas primeras victorias se siguieron inmediatamente otras más decisivas y esenciales. Fueron estas las que consiguió sobre los errores de su siglo, contra los cuales se declaró y triunfó Bernardo. Olvidadas y casi abandonadas las ciencias mucho tiempo hacia, acababan de renacer en Francia de un modo admirable. La escasez de sábios que se advertia, engrandecia la autoridad y el mérito de los que existian. Encaminado todo el mundo á disipar las tinieblas de la ignorancia, consultaba con respeto los ingenios capaces de ilustrarle. Algunos hombres á quienes la preocupacion honra con el título de *espíritus fuertes*, se presentaron como filósofos. Pero ¡ah! que cuando ellos erigen un trono á la razon con mano tímida, trastornan el imperio de la fé con mano atrevida. El abuso del talento es el origen de todos los errores. Bernardo les desentraña, aunque se presentan ocultos bajo de mil modos. Tan pronto nobles como sublimes aquellos indignos filósofos, penetraban de un rápido vuelo hasta las mansiones celestiales, y tenian por su jefe y cabeza á Gilberto de la Poiree. Inquietos ya y atrevidos, encendian por todas partes el fuego de la discordia, y tenian por guía á Arnaldo de Brescia; ya crueles y sanguinarios, se deleitaban con la mortandad y la carniceria, teniendo por defensor á Enrique de Tolosa; y ya, en fin, delicados y sutiles inspiraban preocupaciones y engaños bajo el aparente pretexto de destruir los errores, siendo su protector Abelardo. Aquellos maestros del error y de la mentira, se dirigian todos, aunque por diferente rumbo, al único fin de destruir la religion. Bernardo confunde en el concilio de Reims á Gilberto de la Poiree, pinta á Arnaldo como rayo exterminador de la paz, enemigo de Jesucristo y autor de los cismas, y Arnaldo se humilla. Hace que cesen en Tolosa las profanaciones y sacrilegios, y que Enrique se vea menospreciado. Solo faltaba disipar un encanto. ¡Ah! ¿qué encanto más seductor que aquel que el atractivo Abelardo empleaba para dominar sobre los espíritus? Abelardo era conocido por sus talentos, por sus ilusiones; pero encontró en Bernardo un vencedor á quien respetar. Intenta

Abelardo justificar sus errados sentimientos, y los multiplica. Apela con este motivo á Roma, y Roma le condena: se promete hallar más favorable el juicio y la decision de un Concilio, convócase este, y Bernardo es el alma y el principal sugeto de los que á él concurren. Desentrañase el sistema de aquel filósofo, que era el oráculo del mundo, y se le demuestra el error. Decide el Concilio; y Abelardo pronuncia contra si mismo su sentencia. ¡Qué gloria para Bernardo!

Aquí, hermanos míos, deberia yo hacer mil descripciones para que las oyeseis con admiracion. Pero en el elogio de Bernardo se escapan muchas circunstancias, que en otro ménos abundante en maravillas serian muy interesantes. No obstante, es menester que sepais, que él reconcilió á los habitantes de Nápoles con los de Pisa; hizo la paz entre el arzobispo de Reims y su pueblo; entre Conrado, duque de Swebia, y el emperador Lotario; que se presentó en el Concilio de Pisa como uno de los mayores ornamentos de la Iglesia de Francia; que fué en tiempo de calamidad el recurso de los infelices á expensas de sus mismos discípulos, cuyo prodigioso número era la obra de su celo; que.... Imaginemos todo lo que puede hacer un celo universal y una caridad invencible; imaginémosnos trabajos multiplicados á cada instante, obstáculos siempre continuos, triunfos milagrosos sin cesar, y habremos formado la idea de un grande apóstol; pero aún no la tendremos suficiente de lo que corresponde á Bernardo. Lo que más sorprende y admira en él, no es el que como apóstol se entregase á todos los trabajos; es, si, la soledad con que, á pesar de su predicacion, siempre estaba metido dentro de si mismo.

¡Oh Claraval! Tú serás siempre el centro en donde su corazon permanecerá. Y en caso de que su celo le obligue á transitar y ausentarse de tí, porque la Iglesia le confie sus más delicados intereses, ¡cuánto le cuesta á su corazon dejar á su amada soledad! La deja por fuerza, pero tambien vuelve á entrar apresuradamente en ella con gusto. Mas yo me engaño: hasta en el bullicio del mundo es un perfecto contemplativo, un solitario: solitario entre los papas que le admiran, entre los reyes que le buscan, y entre los sábios que le consultan; solitario en medio de los herejes á quienes combate, de los libertinos á quienes reprende, y de los impíos á quienes confunde. Entre los borrascosos negocios de la Iglesia y del mundo está siempre solo consigo mismo; porque él se dice siempre con un humilde recuerdo de su conciencia, que es solitario y que no debe dejar de serlo. Juzguemos, pues, de sus sentimientos por sus palabras. Cuántas veces repetia: ¡oh dulce, oh tranquila soledad que haces amane-

cer para mí días tan afortunados! Tú sola causas mis delicias; fuera de tí me busco y me hallo á la sombra de tus florestas; allí vivo feliz y contento; gozo de lo que inútilmente quisiera disfrutar entre los hijos del siglo, esto es, de un sosiego sin turbacion, de un mundo sin vicios, de un Dios todo mío. En estos éxtasis religiosos parece que la soledad hace desaparecer en Bernardo el apostolado. Tal es su carácter. Cada virtud parece que es en él única y sola. Es un Samuel por la prudencia, un Matatías por el celo, un David por la penitencia. Pero si en ésta imita Bernardo á David, no le ha imitado así en sus extravíos: Bernardo es penitente y justo. Es siempre un hombre único por los singulares rasgos que caracterizan su santidad.

Tambien lo es por la autoridad universal que su santidad le merece.

¿Cuán respetable es la autoridad cuando no se debe más que á la superioridad de los talentos, á la importancia de los servicios y al resplandor de la virtud! A las virtudes de que á todo el mundo dá ejemplo; á los talentos que consagra á la religion, y á los servicios que hace á la Iglesia, es á lo que debe Bernardo la singular autoridad que ejerce sobre los pontífices, sobre los monarcas y sobre el mundo entero. ¿Y que es lo que viene á ser Bernardo? Un religioso, un vasallo, un particular. ¿Qué espectáculo tan admirable, hermanos míos, es el que va á llamar aquí vuestra atencion! Un religioso que manda á los prelados de la Iglesia, un vasallo que reprende á los soberanos, y un particular que, por decirlo así, dá leyes al universo. La vida de Bernardo, pues, os ofrecerá una prueba sensible y tal vez única, del más resplandeciente testimonio que jamás se ha visto dar por el mundo á la santidad. Aún no era Bernardo conocido en el mundo por sus trabajos, cuando ya lo era en la Iglesia por sus victorias: aquellos hermanos suyos, á quienes arranca del mundo por sus dulces insinuaciones, aquella nobleza de la Borgoña á la cual, á pesar de las murmuraciones y de los clamores, conduce y encamina al Cistér, y hasta su mismo padre, que como un nuevo Jacob, viene á entregarse al gobierno de este otro José, fueron los primeros ensayos del más grande poder que con tanta brillantez debia ejercer Bernardo muy en breve.

Inmediatamente se extenderá su autoridad desde el centro de la tierra hasta ocupar toda la Iglesia. Sin más título que el de abad de Claraval, únicamente por la reputacion que le dan á Bernardo sus virtudes, llegará á ser como el alma que anime al cuerpo de los prelados y pastores. ¿Cuántas veces pusieron la clerecía sus miras, los pueblos sus súplicas, los príncipes su solicitud, y los soberanos pon-

tífices su reconocimiento, para colocar de acuerdo á Bernardo sobre las más importantes sillas de la Iglesia? Génova le pide, Langres le escoge, Chalons le suplica, Milán le ruega, y Reims intenta obligarle. Apresurada la Iglesia, se cree tambien que llegará siempre demasiado tarde para nombrar entre sus pontífices á un hombre, que ya habia tanto tiempo que era su oráculo. Tentativas inútiles. Bernardo, el inflexible Bernardo, siempre sabe hallar en su humildad poderosos obstáculos para su elevacion: ésta no es necesaria á su gloria. Sin contarse entre los obispos, sobrepuja á todos ellos en autoridad; este es un derecho que le presta tanto su santidad como su erudicion. Pero ¿pensais acaso, que la autoridad que recibe de los príncipes de la Iglesia, le hará desconocer jamás la que éstos tienen sobre él? No por cierto: su celo siempre sabrá unir sabiamente la libertad evangélica con la humildad cristiana: él será, segun lo exijan las circunstancias, ya un juicioso censor, ó ya el firme apoyo del episcopado.

La autoridad que ejerce Bernardo sobre los príncipes de la Iglesia, la ejerce tambien sobre los de la tierra. ¡Oh admirable y singular circunstancia, la de reprender un vasallo á sus soberanos! Ella es la que justamente le concede el título de hombre único. Yo no sé por qué fatalidad, viene á ser muchas veces el trono de los reyes una muralla inaccesible á la verdad. Los dueños del universo están acostumbrados á que se les aplauda hasta la embriaguez vergonzosa de las más viles pasiones. Casi extrajera en las córtes duda la libertad evangélica producirse en ellas sin el socorro de las atenciones. ¡Suerte fatal de los príncipes, la de encontrar rara vez en el celo de un apóstol, incapaz de fingimiento, un contrapeso á las tentaciones siempre vivas que giran al redeador del trono! Este apóstol, tan pocas veces visto en la córte, le encontrará en Bernardo. Este santo, pues, se atreverá á anunciar el Evangelio en toda su severidad á las Majestades de la tierra; el arte detestable de fingir, es un arte que él ignora; aquella terrible palabra que temen los grandes el oír y muchas veces perjudica el predicarla, se la intima Bernardo: instruíos, les dice á los príncipes de su tiempo, y tanto á los extranjeros cuanto á aquellos de quienes es vasallo. Admirada la Francia, respeta en él un nuevo Ambrosio.

El mundo entero es el teatro en donde le conceden sus virtudes el derecho de prescribir leyes. No hay mal más funesto que un cisma de cuantos puede temer la Iglesia. Dos pretendientes á la tiara dividen los pueblos, separan á la clerecía, ganán á las potestades, y esperecen por toda la Europa las primeras llamas de un fuego, que no se podria extinguir sinó con arroyos de sangre. El virtuoso y tierno

Inocencio II fué colocado sobre el trono de S. Pedro, sin artificio y sin maquinacion alguna. Al mismo tiempo se removia el ambicioso Anacleto, que se mentaba en él por medio de las intrigas de la política. Ambos promulgaban leyes, aunque con más razon el uno que buen suceso el otro. Los prelatos y los príncipes juntos forman un Concilio, confian á la prudencia de Bernardo los intereses de la religion. Decide éste, y se coloca la tiara en las sienes de Inocencio. Sube, oh pontífice escogido por Dios, sube al trono de la Iglesia; en vano agotarán los diques de su inmenso crédito aquella infinidad de seducciones que se te oponen; en vano se esforzarán para cautivar los corazones por medio de un desmedido interés. Bernardo sabrá consolidar la obra del Señor; someterá á la Francia sin obstáculos; á la Alemania, á pesar de sus pretextos; á la Inglaterra, á pesar de sus relaciones; y á la Sicilia la obligará por un brillante prodigio: atterrará al duque de Guyena, y confundirá á toda la Aquitania con un golpe atrevido, más resplandeciente aún que un verdadero milagro. Persuadirá á Roma y á toda la Italia, con el encanto vencedor de la elocuencia. Se confunde el orgullo, respira la Iglesia, y Anacleto perece. Victor le sucede; pero muy en breve se pone á los pies de Inocencio, y ofrece la autoridad usurpada. Disipase la nube, apaciguase la tempestad, y aparece el sosiego. Ya no hay más que un solo rebaño y un solo pastor. A Bernardo, á Bernardo solo es á quien Inocencio debe su corona, la Iglesia su cabeza, y el universo su tranquilidad. Un hombre solo es el árbitro á quien se confia la suerte de la religión, y por quien ella triunfa.

A aquellos mismos príncipes á quienes acaba Bernardo de unir entre si mismos, forma el ánimo de unirles contra los enemigos del cristianismo. Nadie ignora la deplorable situacion en que entonces se hallaba la Iglesia de Oriente. A vista de las turbaciones que dividian á los príncipes cristianos, se apresuraban los infieles por reparar sus pérdidas. A su frente marchaba el sultan de Alepo, guerrero atrevido, político, sábio, héroe y conquistador. Cada día caian debajo de sus armas victoriosas las más importantes plazas. Con sus conquistas habia hecho perder la religion al conde de Anjou, que era su apoyo y su defensor. Un monarca jóven y sin experiencia, cual era Balduino III, acababa de subir al trono de Jerusalén. El mahometismo triunfaba en el tiempo mismo en que debiera prometerse su ruina. Esta pintura, señores, es verdaderamente fiel; Bernardo anima á los príncipes cristianos para excitarles á que vayan sin dilacion á socorrer la religion oprimida.

Permitidme, hermanos míos, despues de haber referido una vida

tan preciosa, detener vuestra consideracion por un momento sobre un objeto lúgubre. El fuego de la Iglesia de Francia, va á extinguirse; pero sobre el lecho de la muerte aún atrae el celo vivo y dichosamente inquieto de Bernardo sus fugitivas fuerzas, para asegurar defensores á la religion: sus ojos, casi cerrados ya por la muerte, se abren aún á vista del deplorable estado de la Iglesia turbada por los cismas, atacada por la herejía, abandonada por los cristianos y acometida por los infieles; aún le falta una moribunda mirada, cual es la de dejar á la fé sin manchas, á los cristianos sin vicios, y á la Iglesia sin enemigos. ¡Oh! exclamaba él, quién me lograra la dicha de ver renacer las heroicas virtudes del antiguo cristianismo! Si, Dios mio, yo las quisiera ver y morir... Así lo dijo y espiró. Espiró aquel hombre único, tanto por los singulares rasgos que caracterizan su santidad, cuanto por la autoridad universal á que por esta misma es acreedor. Espiró aquel hombre sábio sin estudio, apóstol solitario, penitente y justo. ¡An cristianos! ¡cuántas virtudes se ofrecen á vuestra imitacion!

Sábios del mundo, aprended de Bernardo, que la oracion es la fuente de la verdadera ciencia. Es su doctrina. Hombres apostólicos, aprended de Bernardo, que debeis siempre hacer de vuestro corazon una verdadera soledad. Esta fué su conducta. Cristianos, cualesquiera que seais, aprended de Bernardo, que la penitencia debe ser vuestra herencia y vuestros únicos bienes. Esta era su máxima. Sobre ella constantemente se arregló la santidad de Bernardo: santidad recompensada en la tierra por la autoridad que obtuvo sobre los pastores, sobre los monarcas y sobre el mundo entero. Santidad recompensada en el Cielo, hermanos míos, en donde os espera la misma corona, si, como Bernardo, la sabeis merecer. Amen.